

3. RESEÑAS

Cuerpos, excesos y representaciones

BODIES, EXCESSES, AND REPRESENTATIONS

*Extremos del volumen. Poderes y medialidades en torno a la obesidad
y la anorexia*

Valeria Radrigán y Tania Orellana
Santiago: Cuarto Propio, 2016

Extremos del volumen de Valeria Radrigán y Tania Orellana trata de cuerpos considerados deficientes, cuerpos que por exceso o por insuficiencia son representados en tanto indeseados o patológicos. Corporalidades que debido a sus deformaciones son estigmatizadas como “feas” o “enfermas”. Al mismo tiempo que el texto va dibujando este espacio de los cuerpos rechazados, la propuesta de Radrigán y Orellana establece los principales canales y mecanismos a través de los cuales hoy se configuran los cuerpos tanto “ideales” como “normales”. Para estos efectos, el libro se subdivide en dos partes: una primera de carácter más general, que propone un marco interpretativo constituido desde discusiones biopolíticas, nociones provenientes de los estudios de género, así como análisis sobre el rol de las representaciones en la sociedad contemporánea. Y una segunda parte enfocada en los *mass media*, que son analizados en tanto potentes canales de configuración, estabilización y también subversión de los ideales corporales dominantes.

Son sobre todo dos los horizontes discursivos que están convocados por este trabajo: por un lado, el estético y, por el otro, pero en íntima relación, como muy bien se destaca, el médico. Como ya lo plasmaba el teórico de la literatura Thomas Anz, en el título de uno de sus libros (1989), los ámbitos de la medicina, la moral y la estética se encuentran en estrecho vínculo y constante superposición, al menos desde el siglo XVIII en adelante; momento en que la medicina moderna le disputa su dominio de conocimiento sobre el hombre a la religión. Radrigán y Orellana comparten esta genealogía foucaultiana, que sitúa en la modernidad –en tanto época de la racionalización, secularización y auge de la ciencia experimental– un determinado modo de emergencia y circunscripción de un cuerpo atravesado por un régimen de reproducción y producción.

Michel Foucault es uno de los referentes teóricos retomados con más frecuencia e insistencia en el libro; ocupa el lugar de quien describe y analiza las maneras en que los cuerpos son imaginados, modelados y reprimidos, pero también subjetivados por quienes los encarnan, en una época cada vez más marcada por la administración, el capitalismo y el funcionalismo. Los cuerpos deben ser el soporte material de un sistema abocado a su eficiencia y se convierten, de este modo, en el centro de la política. La así llamada biopolítica estaría, según Foucault, en una relación de correspondencia con la modernidad, entendiéndola en un sentido tanto epocal como estético.

Cabe destacar que uno de los grandes méritos que ofrece el libro de Radrigán y Orellana dice relación con utilizar un instrumental teórico comúnmente manejado en el ámbito académico que, no obstante, pocas veces es puesto en diálogo con cuestiones consideradas centrales en la actualidad, como lo serían los problemas de la anorexia, la bulimia, la gordura, la obesidad y la representación de los cuerpos. Frente a la interrogante muchas veces planteada en discusiones recientes sobre el lugar que pueden y deben ocupar los saberes de las ciencias sociales y las humanidades en un mundo cada vez más capitalizado por el mercado y orientado por las ciencias así llamadas duras, podríamos apuntar una respuesta a partir de *Extremos del volumen*. Lo que permiten las articulaciones argumentativas así como las nociones y conceptos teóricos provenientes de las ciencias sociales y las humanidades es poner en juego un pensamiento crítico, altamente requerido para focalizar problemas que nos atañen y que son experimentados por todos en la cotidianidad. Todos tenemos y somos un cuerpo y nos enfrentamos a diario con las exigencias que el entorno dirige —a través de un imaginario desperdigado en revistas, libros, cine, programas de televisión y plataformas en la web— hacia la coincidencia con un cierto ideal de belleza y de salud cristalizado en el cuerpo.

Los discursos de la felicidad están, y así lo argumentan Radrigán y Orellana, atravesados por ideales corporales asociados a ciertas dimensiones y volúmenes y un determinado funcionamiento del cuerpo. Vivimos dentro de este imaginario colectivo y lo conformamos. Todos enfermamos, envejecemos, engordamos o adelgazamos; todos nos sometemos en mayor o menor medida a las demandas de belleza y de salud que desde diversos ámbitos nos son hechas, todos divergimos y padecemos posibles desviaciones con respecto a los ideales circulantes. Lo que muestra el libro *Extremos del volumen* es cómo podemos pensar estas realidades e imaginarios de manera consciente y crítica, haciéndonos cargo de las complejidades implicadas. En este sentido, el libro se encuentra en la tradición de una teoría y un pensamiento críticos, al servicio del análisis y de la comprensión de la realidad que nos rodea y constituye, permitiendo reconocer aquellas aristas que debiésemos transformar en pos de una convivencia más libre, tolerante y democrática con nosotros mismos y con otros.

La primera parte, titulada “El cuerpo como construcción”, plantea algunas premisas para el análisis que propone el libro. El texto va tejiendo de manera muy provechosa un diálogo de las propuestas teóricas, provenientes sobre todo de las

discusiones biopolíticas contemporáneas, con fenómenos que marcan nuestra experiencia corporal hoy en día y que son vislumbrados sobre todo a partir de una encuesta que se realizó en el marco de la investigación que precedió a la escritura de este libro, así como de discursos “oficiales” (por ejemplo, del Estado) sobre el deporte, hábitos corporales, la alimentación, la higiene, etcétera. Como destaca el texto, las autoras quieren “reforzar la idea de que las instituciones educativas, como agentes socializadores, juegan un papel elemental en la constitución de corporalidades y en la valoración y significación temprana de las mismas: es en el cuerpo donde se marcan, desde la infancia, las conductas sobre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, lo saludable o lo perjudicial para sí mismos y los otros” (43).

La fuerza normativa y normalizadora de los discursos sobre el cuerpo es extremadamente potente. Tal como lo muestran las autoras, el desvío de los estándares es castigado duramente, cayendo los cuerpos extralimitados en categorías como lo monstruoso, lo horrible, asqueroso o enfermo. Un punto interesante destacado es que las connotaciones valóricas de los cuerpos, por un lado, “gordos” y, por el otro, “flacos” –si bien ambos pueden caer en la categoría de lo anormal– son muy distintas. Tanto “flacos” como “gordos” son percibidos en sus extremos con problemas y enfermedades; no obstante, mientras la flacura es asociada al control, la belleza, la fuerza de voluntad y la felicidad, la gordura suele vincularse a la flojera, la debilidad, el descontrol y la tristeza. Esto hace que los discursos sancionadores sobre los cuerpos extremos acarreen consigo otros signos morales.

Un imaginario que vehicula en forma predominante la belleza del cuerpo delgado es el de la moda, la cual, tanto por las modelos que promocionan la alta costura como también a través de las prácticas de tallaje de las marcas (la misma talla no tiene el mismo tamaño en distintas casas de moda, la talla estándar o única presupone un cuerpo modelo, etcétera), va produciendo y promocionando un ideal estético. El texto enfatiza un fenómeno que de alguna forma todos intuimos, pero que es importante recordar: el ideal cristalizado por la moda, si bien puede encarnar una idea, de ninguna forma interpreta lo “normal”, dado que el promedio de mujeres y hombres excede los límites de esta corporalidad supuestamente idónea.

Si bien el libro de Radrigán y Orellana busca iluminar nuestra época actual, hubiera sido interesante pensar este ideal estético en relación con otras épocas. En su libro *La enfermedad y sus metáforas*, Susan Sontag asocia la emergencia de la moda con el auge de la burguesía. Cuando decae la nobleza, ya no es la sangre azul y la ascendencia las que otorgan al sujeto su lugar en el entramado social. El sujeto goza de cierta movilidad social y una de las herramientas para su instalación social es su *look*. Sontag está interesada en las condiciones que hacen posible el privilegio del que goza el “*look* tuberculoso” en el siglo XVIII, un aspecto marcado por la palidez, la delgadez y lo mórbido. Lo que muestra, a mi parecer, el planteamiento de Sontag en relación con el panorama de Radrigán y Orellana es que ciertos fenómenos que nos pueden parecer muy propios de nuestro momento histórico y cultural tienen antecedentes importantes en otros momentos y que pueden servir para un análisis

más cabal. Así, Sontag acentúa de qué forma la moda se inscribe en los procesos de subjetivación e individualización, aspectos que a ratos parecen insuficientemente destacados en las aproximaciones de Radrigán y Orellana.

La segunda parte del libro, dedicada a la “Cultura pantalla: de la homogenización y la variabilidad”, analiza una serie de programas de televisión –*reality shows* y *makeover shows*– así como páginas web y blogs, que tienen su foco en el cuerpo y su volumen. Esta sección convoca para su discusión a pensadores que han analizado nuestra sociedad contemporánea como una cultura del espectáculo, otorgándole una gran importancia a la pregunta por la representación. Así Jean Baudrillard, Guy Debord y Gilles Lipovetsky, entre otros, enriquecen aquí los planteamientos del texto. Las autoras revisan los discursos que tanto desde la superficie de estos programas los articulan de manera explícita, como también los postulados implícitos que los condicionan como aquello que ocurre “fuera de escena”. Resulta muy interesante lo que Radrigán y Orellana postulan en gran medida como interrogantes que nos debiésemos hacer con relación a las imágenes que estas plataformas virtuales hacen circular. ¿Tiene internet el poder de subvertir imaginarios que dominan nuestra realidad? ¿O más bien refuerza los ámbitos de poder que operan fuera de la red? ¿Cómo podemos pensar los vínculos entre la gran cantidad de imágenes que internet ofrece con los fenómenos de la moda, sobre todo y en especial con lo que atraviesa nuestra experiencia corporal?

Para cerrar, quisiera plantear un aspecto del libro que me parece de gran interés y desafío teórico y que me hubiera gustado haber visto más trabajado: ¿existe una relación “auténtica” con nuestro cuerpo? Pensar los vínculos entre lo que podemos llamar el “yo” y el cuerpo presenta dificultades, pues oscilamos entre ser y poseer ese cuerpo. Sobre todo cuando se sufren experiencias de desajuste con el cuerpo –enfermedades, dolores, deformaciones– se hace patente este tipo de escisión, como si el sujeto se resguardara de lo que le sucede al “cuerpo”. Y habitamos con y a ese cuerpo, atravesados por las imágenes que nos conforman. En ese sentido, no podemos “liberarnos” de los discursos que circulan, pues forman parte de la manera en que subjetivamos el cuerpo. No tenemos una experiencia ni previa ni más sincera de nuestro cuerpo al margen de los discursos que lo constituyen y eso incluye los imaginarios acerca de sus volúmenes. En algunos pasajes, se podría creer que el libro aboga por una cierta experiencia “real” que logre independizarse de los discurso y las imágenes, al mismo tiempo entonces, desdiciendo lo que se sostiene, y con mucha razón, en el texto: que esas representaciones sobre el cuerpo poseen la fuerza y presencia que tienen porque norman y normalizan. Esto no quiere decir que no debemos ponernos en una posición crítica y cuestionadora; a eso invita el libro. Pero tampoco podemos volvernos ingenuos pensando en que nos podemos “liberar” a partir de la sola toma de conciencia.

ANDREA KOTTOW

Universidad Andrés Bello

akottow@unab.cl

BIBLIOGRAFÍA

- ANZ, THOMAS. *Medizin, Moral und Ästhetik in der deutschen Gegenwartsliteratur*. Stuttgart, Metzler Verlag, 1989.
- SONTAG, SUSAN. *La enfermedad y sus metáforas y El sida y sus metáforas*. Madrid, Taurus, 1996.